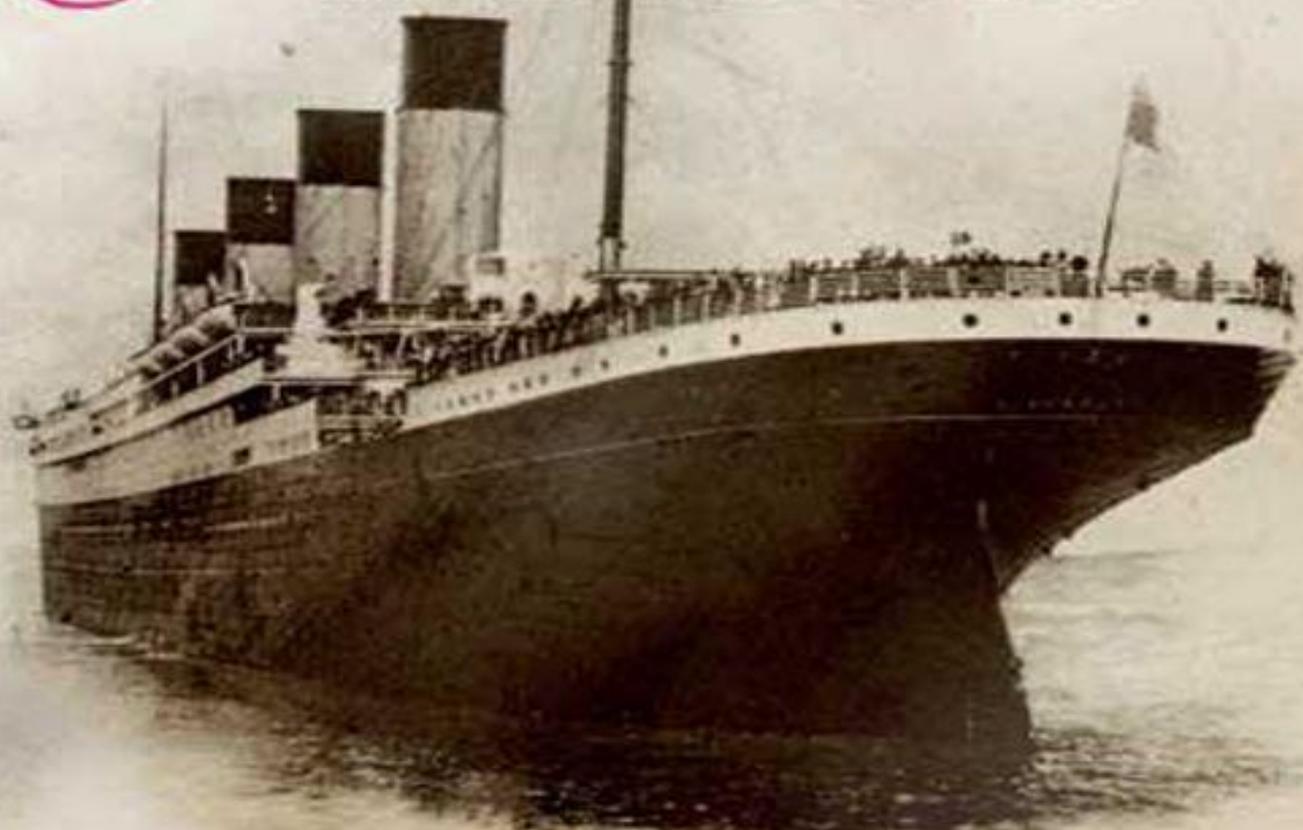


Historia Insólita
increíble pero cierto

Casualidades coincidencias y serendipias de la historia



El azar, la suerte y lo fortuito. Las casualidades más insólitas, las coincidencias más increíbles, los inventos y descubrimientos más azarosos

Gregorio Dosal

Casualidades
coincidencias
y serendipias
de la historia

Historia Insólita
increíble pero cierto

Casualidades
coincidencias
y serendipias
de la historia

Gregorio Dosal

 nowtilus
saber

Colección: Historia Insólita

www.historiainsolita.com

Título: Casualidades, coincidencias y serendipias de la historia

Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño de colección y cubierta, realización y maquetación: eXpresio,
estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-183-3

Fecha de edición: Octubre 2011

Impreso en España

A Ana, porque desde que la descubrí por casualidad, mi vida se ha llenado de coincidencias. Gracias.

Casualidades
coincidencias
y serendipias
de la historia

Prólogo

1. Casualidades poco comunes
 2. Chiripas y carambolas
 3. Crónica de sucesos lamentables
 4. Hechos de consecuencias inesperadas
 5. Paradojas e ironías de la vida
 6. Coincidencias inverosímiles
 7. Serendipias y descubrimientos afortunados
 8. La rueda de la buena fortuna
 9. Infortunios, maldiciones y gafes
 10. Premoniciones, sueños proféticos y malos augurios
-

Bibliografía utilizada

Prólogo

La colección HISTORIA INSÓLITA presenta una multitud de sucesos increíbles, pero ciertos; o creídos, pero falsos; incluso, legendarios, pero curiosos... Una multitud de sucesos gratamente curiosos, sorprendentes y ejemplares que la historia oficial y ortodoxa generalmente suele dejar de lado y que ponen en cuarentena lo que creíamos saber pero de una forma divertida, por cuanto insólita; amena, por cuanto informativa, e instructiva, por cuanto rigurosa.

Según se vayan desgranando los distintos volúmenes, la colección se irá poblando de todo tipo de seres excéntricos y extravagantes, simpáticos u odiosos, perversos o lascivos, despistados o meticulosos, de los que conoceremos su vida y, en muchos casos, su extraña o chocante muerte. En HISTORIA INSÓLITA se irán dando a conocer casos y cosas fuera de lo común, en forma de casualidades y coincidencias, errores y gazapos, timos y fraudes, enigmas y quimeras, locuras y extravagancias, falsedades y mentiras, depravaciones y lujurias... Podrá decirse, tal vez con razón, que en este poliédrico y multifacético rosario de hechos se ensartan pocas perlas y mucha bisutería. Es cierto. Es conscientemente bisutería histórica porque sólo pretende adornar la riqueza cultural de sus posibles lectores; no, desde luego, amueblarla ni ennoblecerla. Pero no por ello se ha de entender como un mero museo de monstruos ni como un muestrario de excepciones. En realidad, sólo presenta ejemplos históricos extremos de comportamientos y sucesos muy comunes y habituales.

Se narrarán sucintamente las increíbles biografías de personajes tan extraordinarios como Lady Godiva, la Monja Alférez, Sissí, Lawrence de Arabia, Billy el Niño, Iván el Terrible, los Borgia o el marqués de Sade; se detallarán inusitadas historias como la conquista del imperio

de los incas, la infame subasta del trono imperial de Roma, las supuestas excentricidades de Nerón y las singulares peripecias eróticas de Cleopatra, Mesalina, Mata-Hari, Eloísa y Abelardo y otros muchos. En sus páginas también se detallarán cuestiones tan dispares como el casual descubrimiento de la cueva de Altamira, el imperecedero mito de El Dorado, las estrambóticas profecías sobre el fin del mundo, la hipotética fecha y hora de la Creación o la repetida venta de la Estatua de la Libertad. Se contará cómo perdió los brazos la Venus de Milo y cómo nacieron los premios Oscar. Se hablará del acorazado que se hundió alcanzado por uno de sus propios torpedos o el caza que se autoderribó. Se esclarecerán las indescifrables predicciones del Oráculo de Delfos, los misterios de la Isla de Pascua, la Maldición de los Faraones, el porqué se inclinó la Torre de Pisa, quién dio el erróneo nombre de América al Nuevo Mundo, cuándo comenzó la plaga de conejos en Australia o cómo fue posible que un guardabosques sobreviviera a siete rayos. Asimismo, sabremos cómo se inventaron la guillotina, las patatas *chips*, el perrito caliente, el WC y el papel higiénico, el crucigrama, el sello de correos, el biquini o el condón; o qué origen tienen palabras como «boicot», «silueta», «sándwich», «linchamiento» o «restaurante»; o bien quiénes fueron los primeros siameses, el primer fumador europeo y la primera vampiresa del cine; o en qué personas reales se basan los personajes ficticios de Tarzán, Robinson Crusoe, Drácula, el Tío Sam, la Dama de las Camelias, Sherlock Holmes o Santa Claus; o cuál fue la primera huelga de la historia, si Shakespeare escribió realmente sus obras o cuándo se utilizó por primera vez la clave SOS. Se podrá saber que más de una vez ha llovido ranas o sangre; que el zar Pedro I gravó con un impuesto a los barbudos, o que alguien cree que en la Biblia se habla del SIDA. Se podrán conocer las extraordinarias historias del bailarín sin piernas, los ansiosos comedores de caucho o de bicicletas, las mujeres barbudas, el jugador de béisbol manco o aquellos mellizos que nacieron con cuarenta días de diferencia. Incluso será posible enterarse de que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, aunque no en el mismo día; que no son pocos los personajes de quienes se cree que han

muerto literalmente de risa; que Isaac Newton era tremendamente despistado; que Aristóteles mantuvo teorías absurdas, o que, por ejemplo, se conservan numerosas reliquias de Napoleón, incluido su pene que, por cierto, es una birria al lado del de Rasputín...

En esta colección de obras desinhibidas y amenas, pero rigurosas y didácticas, sí importarán las nimiedades, entendidas como argumentos con que demostrar que el ser humano, cuanto más solemne es, más ridículo resulta; cuanto más angustiado está, tanta más astucia desarrolla, y cuanto más relajado e íntimo, más grotesco. Se demostrará que no es raro encontrar, tras cada hecho histórico, una verdad que sonrío y, tras cada gran personaje, una sombra bufa o un demonio doméstico. Y se llegará a la conclusión de que nada parece lo que es ni nada es lo que parece, y de que nada resulta más común que lo sorprendente.

En definitiva, la colección *HISTORIA INSÓLITA* reflejará la pequeña historia vista desde las bambalinas, mostrando a las claras todas sus miserias, falsedades, misterios, bajezas, extravagancias, casualidades y sorpresas.

Todo ello podrá encontrar el lector curioso que se adentre en estas páginas o en las de sus volúmenes hermanos. En este, dedicado especialmente a las *CASUALIDADES, COINCIDENCIAS Y SERENDIPIAS DE LA HISTORIA*, he reunido una variopinta colección de hechos y sucesos de todo tipo, todas las épocas, todos los escenarios geográficos y todos los contextos, pero siempre con el denominador común de estar causados, determinados o condicionados por un factor casual y azaroso y, por tanto, imprevisible, incontrolable y, casi siempre, involuntario, que los hace irrepetibles, originales, y siempre asombrosamente divertidos, e incluso aleccionadores y ejemplares...

Hechos, acciones y sucesos relacionados siempre, como digo, con el azar y lo fortuito, con el factor suerte, eso tan intangible e indefinible

que alguien calificó de «la sonrisa de lo desconocido». Eso incluye las casualidades más insólitas y las chiripas más inconcebibles; las coincidencias más improbables; los descubrimientos e inventos más inesperados (es decir, las *serendipias*); las carambolas y otras concatenaciones de hechos más imposibles; los golpes de fortuna y los «golpes de la fortuna»; las rachas de buena y de mala suerte... Por sus páginas desfilan, en divertido carrusel, todo tipo de personajes con mucha suerte, buena o mala. Personas, famosas o no, que protagonizaron o fueron víctimas, en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia, de algún hecho casual concreto, o bien de toda una peripecia vital, para la que no hay otra explicación aparente que el factor suerte. Gente afectada, para bien o para mal, por alguna carambola que les cambió o les truncó la vida, que tuvieron que someterse a sus paradojas e ironías, y doblegarse ante los caprichos del azar. Personas que aprendieron en primera persona que, como dijera Federico II el Grande de Prusia, «Su Majestad el Azar hace tres cuartos de la tarea». Personajes gafes o gafados que, en palabras del humorista argentino Pepe Biondi, «tienen suerte para la desgracia». Infortunios, maldiciones y malos augurios que, además de entrañar un reto y un riesgo, supusieron una oportunidad en el sentido que ya señalara Napoleón Bonaparte de que «el infortunio es la comadrona del genio». Gente, en definitiva, cuya experiencia nos demuestra que, por más que uno tenga todo previsto y controlado, siempre puede sobrevenir lo más inesperado, sea lo más afortunado, sea lo más inoportuno, y que la vida es puro azar y, por tanto, más vale que sepamos afrontar con humor todo lo venidero.

Gregorio Doval

Historia Insólita

increíble pero cierto



1
Casualidades
poco comunes

Buena parte de la obra del filósofo griego Aristóteles (384-322 a. C.) nos es hoy conocida gracias a una feliz casualidad. Hacia el año 80 a. C., legionarios romanos que invadían el Asia Menor encontraron unos manuscritos griegos en un pozo y los llevaron a su general, Sila. Este, un hombre letrado, enseguida sospechó que podían ser importantes e hizo que fueran enviados inmediatamente a Roma, donde los eruditos comprobaron que eran copias de obras originales de Aristóteles de las que, hasta entonces, sólo había referencias indirectas. Una vez copiadas de urgencia por temor a que los manuscritos se deshicieran, fue otro filósofo griego, Andrónico de Rodas, quien se encargó de ordenarlas y editarlas. A él, además, se debe el nombre con que fueron conocidas desde entonces estas obras: *Metafísica*, es decir, ‘lo que va después de la Física’.

El astrónomo Nicolás Copérnico (1473-1543) fue canónico de la catedral de Frauenburgo, sin ser sacerdote, pero también gobernador militar, juez, recaudador de impuestos, vicario general y médico. En el campo científico, su gran contribución consistió en remover los cimientos de la astronomía occidental con la publicación de su célebre libro *De revolutionibus orbium coelestium* (Sobre el movimiento de las esferas celestes), de cuyo éxito en forma de conmoción en los ambientes científicos de toda Europa no pudo ser testigo, pues murió, según cuentan las crónicas, el mismo día, 24 de mayo de 1543, en que se publicaron los primeros ejemplares de su obra. En ella, Copérnico formulaba su teoría del sistema heliocéntrico, confirmada con posterioridad gracias a las observaciones de Galileo y corroborada por los cálculos de Kepler, y que, fiel a su título, revolucionaría los cimientos de la astronomía clásica.

El científico italiano Galileo Galilei (1564-1642) anunciaría una serie de descubrimientos valiéndose de crípticos

anagramas para evitar que cayeran en manos erradas. Este sería el principio de una serie de casualidades que llevarían a que su coetáneo Johannes Kepler (1571-1630), al tratar inútilmente de resolverlos, llegara curiosamente a conclusiones erradas muy acertadas. De manera extremadamente curiosa y casual, a pesar de haber errado por completo en la interpretación del contenido real de los anagramas y de haber decodificado algo por completo diferente a lo que había escrito Galileo, Kepler *descubriría* en el proceso, por ejemplo, las dos lunas de Marte y la mancha de Júpiter.

En la primera de las cartas cifradas de Galileo que trató de decodificar Kepler, enviada por aquel al embajador toscano en Praga en agosto de 1610, tenía por contenido un texto tan corto como extraño: «SMAISMRMILMEPOETALE UMIBUNENUGTTAUIRAS». Su destinatario, al leer el mensaje, quedó perplejo y decidió enviársela a Kepler, que tenía fama mundial como decodificador genial. Nada más recibir el mensaje, Kepler descubrió en él una secuencia en latín, que definió como de «pobre gramática» y de «bárbaro verso latino», que decía: «*Salve umbistineum geminatum Martia proles*» ('Salve, ardientes gemelos hijos de Marte'). Al instante, sobre todo porque coincidía con su visión geométrica del universo, Kepler creyó que Galileo había descubierto dos satélites marcianos. Desde luego esa no era la traducción del mensaje, pero, por una gran casualidad de la historia de la ciencia, la interpretación libre de Kepler no era errónea... y siglos después se descubrirían los satélites marcianos, Deimos y Fobos. Viendo que el mensaje verdadero seguía sin ser interpretado correctamente, unos meses después Galileo decidió revelar el contenido al emperador Rodolfo, y era: «*Altissimum planetam tergeminum observavi*» ('He observado el planeta más alto en triple forma'), queriendo con ello anunciar el descubrimiento de los anillos de Júpiter. Pasados

unos meses, Galileo envió otro anagrama, esta vez a Giuliano de Médicis, con el texto: «*Haec immatura a me jam frustra leguntur*». Kepler, decidido a resolverlo, aunque sólo fuera por una cuestión de honor, tras un concienzudo análisis, creyó descubrir el siguiente mensaje: «*Macula rufa in Jove est gyratur mathem*» ('En Júpiter hay una mancha roja que gira matemáticamente'). De nuevo Kepler volvía a estar equivocado en su interpretación; sin embargo, dos siglos después se descubriría que, de hecho, Júpiter posee una gran mancha roja giratoria. Al quedar sin resolver su nuevo mensaje, Galileo optó por dejarse de anagramas y revelar su contenido real, que era: «*Cynthiae figuras aemulatur mater amorum*» ('La madre del amor emula la forma de Cynthia'), con lo que quería anunciar que había observado que Venus presentaba fases como la Luna, lo que confirmaba que el planeta gira alrededor del Sol.

Pero no todo eran errores en Kepler. Se cuenta, por ejemplo, que para la organización del convite de bodas de su segundo matrimonio, fue a visitar a un vendedor de vino y le encargó dos toneles. Para su sorpresa, el bodeguero calculó el contenido de ambos, cada uno de una forma y un volumen distintos, mediante la introducción de una varilla reglada. Convencido de que ese sistema no era nada científico, Kepler realizó un pequeño estudio sobre volumetría de sólidos, reformulando el llamado método exhaustivo, usado por Arquímedes antes que él y que Arquímedes Eudoxio.



El científico e inventor francés Jacques Charles (1746-1823) fue el primero en realizar un viaje en globo aerostático el 27 de agosto de 1783, momento que refleja el grabado adjunto. Al parecer aquella ocasión se produjo de un modo involuntario, cuando su ayudante soltó el globo cautivo por accidente. El 1 de diciembre de ese año, junto con Aimé Roberts, Charles se elevó por fin de forma intencionada hasta una altura de 1.000 m.

Según un antiguo relato, seguramente apócrifo, pero bello, Leonardo da Vinci (1452-1519) tardó siete años en finalizar su obra *La última cena*. Las figuras que representan a los doce apóstoles y a Jesús fueron tomadas de personas reales. Se dice que cuando se supo que pintaría la obra, muchos jóvenes se presentaron para ser seleccionados. Tras pensárselo mucho, Leonardo seleccionó como modelo a un muchacho de diecinueve años para la figura de Jesús. Durante seis meses trabajó pintando al personaje principal. Los seis años siguientes continuó su obra buscando y representando a once apóstoles; dejando para el final a Judas. Le costó semanas encontrar a un hombre con una expresión dura y fría como convenía a aquel último personaje; el rostro de una persona capaz de traicionar a su mejor amigo. Llegó a sus oídos que un hombre encerrado en un calabozo de Roma y sentenciado a muerte por robo y asesinato reunía estas características. Gracias a un permiso especial, el prisionero fue trasladado a Milán. Durante meses, este hombre se sentó silenciosamente frente al artista. Cuando Leonardo dio el último

trazo a su obra, se volvió a los guardias del prisionero y les ordenó que se lo llevaran. Pero cuando salían del recinto, el reo se soltó y corrió hacia Leonardo gritando: «¡Obsérvame! ¿No reconoces quién soy?». Leonardo lo miró cuidadosamente y respondió: «Nunca te había visto en mi vida hasta aquella tarde en el calabozo de Roma». Llorando y pidiendo perdón a Dios, el reo le dijo: «Maestro, yo soy aquel joven que usted escogió para representar a Jesús en este mismo cuadro».

El carpintero que construyó los primeros cepos chinos en Boston en 1634, un hombre llamado Palmer, fue el primero en ocuparlos. Cuando presentó una factura por su trabajo de una libra y trece chelines, los más ancianos de la ciudad pensaron que ese precio era excesivo y le acusaron de explotador. Se le encontró culpable, se le multó con una libra y se le sentenció a pasar media hora en uno de los cepos que acababa de construir. Le salió caro intentar hacer negocio.

Si Napoleón Bonaparte (1769-1821) hubiese nacido un año antes hubiese sido italiano y, sin duda, su historia (y, con ella, la del mundo) hubiera sido muy distinta. La isla de Córcega se convirtió en territorio francés (nominalmente en territorio propiedad del rey de Francia) por el Tratado de Versalles del 15 de mayo de 1768, y Napoleón nació el 15 de agosto de 1769, es decir, cuando la isla sólo llevaba quince meses siendo francesa. De hecho, para disimular ese origen tan poco francés, Napoleón cambió su apellido familiar original de Buonaparte por el más *patriótico* de Bonaparte.

En 1784, una gran tormenta sorprendió en pleno océano Pacífico a un barco japonés de buscadores de tesoros. Tras luchar durante gran parte de la noche contra la furia de la naturaleza, la embarcación terminó yéndose a pique llevándose consigo a varios tripulantes. No obstante, en un golpe de fortuna (tanto mala como buena), cuarenta y cuatro

marineros lograron nadar hasta un islote de coral, donde se pusieron a salvo. Allí soportaron durante algunos días el inmisericorde sol sobre sus espaldas sin agua dulce que llevarse a la boca y con la amenaza de morir de sed pendiente sobre ellos. Muchos, enloquecidos por beber agua salada por desesperación, se lanzaron al mar sólo para morir en medio del océano; otros decidieron permanecer en el islote en espera de algún milagro que les salvase. Ese fue el caso del propio capitán del buque hundido, Chunosuke Matsuyama, quien, desesperanzado, grabó con sus últimas fuerzas los datos de la travesía y el sufrimiento de la tripulación en trozos de madera de los cocoteros del islote, los introdujo en una botella y arrojó esta a las aguas con la esperanza de que algún día el mensaje llegase a su familia. Desafortunadamente, la botella permaneció durante generaciones flotando en el océano. Sin embargo, un día de 1935, ciento cincuenta y un años más tarde de que Chunosuke la arrojara al océano, un recolector de algas japonés recogió la botella y la llevó a la aldea de Hiraturemura, increíblemente el mismo poblado donde Chunosuke había nacido.



Durante la Segunda Guerra Mundial, el secreto absoluto que rodeó el plan de los aliados de invadir Europa mediante un desembarco masivo en las playas de Normandía, conocido como «Operación Overlord», no fue tan absoluto: treinta y tres días antes de la operación, muchas de las palabras clave de su código aparecieron entre las respuestas al crucigrama del *Daily Telegraph* de Londres. Y sólo cuatro días antes, la propia palabra «Overlord» apareció también en otro crucigrama. Creyendo que un espía nazi estaba haciendo público el código, los agentes

del MI5 asaltaron las oficinas del diario. El sorprendido *culpable* era un humilde maestro de escuela, llamado Leonard Dawes, de cincuenta y cuatro años, 20 de los cuales llevaba confeccionando el crucigrama del periódico. Con alguna dificultad logró convencer a todos de que aquello no era más que una desafortunada coincidencia.

En plena Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, el virginiano George Washington (1732-1799) envió a sus oficiales a requisar los caballos de los terratenientes locales de la zona en que estaba acantonado su ejército. Con ese objetivo, llegaron a una vieja mansión y cuando salió su anciana dueña le dijeron: «Señora, venimos a pedirle sus caballos en nombre del gobierno». Ella respondió: «¿Con qué autoridad?». «Con la del general George Washington, comandante en jefe del Ejército americano», alegaron. La anciana sonrió y zanjó el tema: «Váyanse y díganle al general Washington que su madre dice que no puede darle sus caballos».

Se dice que en el poema épico número diecinueve del poeta inglés William Cowper (1731-1800) se describe con tanto detalle y precisión la futura Toma de la Bastilla que durante mucho tiempo las autoridades francesas creyeron que el poema había sido utilizado como referencia por los agitadores.



Durante la Segunda Guerra Mundial, el señor Thomas E. Sullivan y su esposa, vecinos de la localidad de Waterloo, en Iowa, tenían cinco hijos, todos ellos embarcados a voluntad propia en el buque de guerra USS Juneau. Pero el 14 de noviembre de 1944, su buque fue hundido durante la batalla de Guadalcanal, falleciendo de golpe los cinco hermanos: George Thomas (27 años), Francis *Frank* Henry (26), Joseph *Joe* Eugene (24), Madison *Matt* Abel (23) y Albert *Al* Leo (20). Su muerte provocó que el gobierno estadounidense dictase nuevas normas para evitar en el futuro que varios miembros de una misma familia combatieran juntos y pudieran morir todos a la vez.

Según contó el historiador francés Robert Cristophe, el 19 de abril de 1789 Luis XVI (1754-1793) dio una breve audiencia privada al verdugo de París, Charles-Henri Sanson, quien salió tan impresionado del trato que le dispensó su majestad que, al ser preguntado por detalles, sólo acertó a decir de él: «Tiene una gran cabeza». El 21 de enero de 1793, el verdugo Sanson pondría a prueba su afirmación al tener que guillotinar al rey Luis XVI.

Por cierto, siendo muy joven, un astrólogo le advirtió a Luis XVI que debía andarse con cuidado el día 21 de cada mes. El aviso aterrizó al muchacho y, en adelante, se negó a emprender nada importante en ese día de cada mes. Pero de nada le sirvieron sus precauciones. El 21 de

junio de 1791, Luis y su esposa fueron detenidos en Varennes cuando trataban de marcharse de Francia, huyendo de la revolución. El 21 de septiembre del año siguiente, Francia abolió la institución de la realeza y se proclamó la República. Y el 21 de enero de 1793, Luis XVI fue ejecutado en la guillotina.



El fotógrafo de prensa Bill Biggart cubrió el suceso de las Torres Gemelas aquel infausto 11 de septiembre de 2001. Tras la caída de la primera torre, Bill habló por teléfono con su esposa y la tranquilizó: «Estoy seguro; estoy con los bomberos». Desgraciadamente, no fue así y, cuatro días después, su cuerpo fue recuperado, al igual que sus efectos personales, entre ellos su cámara, que fue entregada a su viuda. Se consiguió salvar la tarjeta de memoria, que contenía 150 fotos, incluida la del fondo de esta composición, que fue la última que Bill sacó, a las 10:28:24 *a.m.* Menos de dos minutos después, la segunda torre se desplomó y Bill murió aplastado.

La mañana del 30 de mayo de 1896, la neoyorquina Evelyn Thomas se dirigía como de costumbre a su trabajo montada en su bicicleta. Mientras tanto, Henry Wells probaba emocionado su flamante y costosa adquisición, un Duryea Motor Wagon, por una de las calles perpendiculares a la que circulaba Evelyn. Desafortunadamente, el destino hizo que ambos se cruzaran. Los

primitivos frenos del automóvil fallaron y el Duryea no pudo parar a tiempo y arrolló a Evelyn, aunque afortunadamente era lo suficientemente lento como para no causarle un daño grave. Inmediatamente, como pasaba entonces y como sigue pasando ahora, se agolparon los curiosos en el lugar del accidente. La policía pasó un largo tiempo meditando sobre si arrestar o no a Henry, ya que no sabían bien si aquel monstruo metálico se conducía solo o si era Henry el que lo manejaba. Al final decidieron que el señor Wells había tenido la culpa, Evelyn fue al hospital por unos raspones, convirtiéndose en la primera víctima hospitalizada de un accidente de tráfico y el *temerario* conductor fue encarcelado por unos días, convirtiéndose en la primera persona en ser detenida por un accidente de tráfico.

Hablando de cosas más serias, la primera víctima mortal de un accidente de tráfico ocurriría ese mismo año en Londres cuando Bridget Driscoll, de unos cuarenta y cinco años, fue atropellada por Arthur James Edsall, que conducía un modelo de la Anglo-French Motor Car Company en una demostración comercial para Alice Standing. Si bien Edsall dijo que sólo iba a 6,5 km/h, su acompañante, la señorita Standing, confesó que se enteró de que Edsall había modificado el motor para que el auto viajase «como un bólido».

También habría que considerar el extraño caso de Mary Ward que, en 1869, murió aplastada por un coche experimental a vapor construido por sus primos.

Jules Dumont d'Urville (1790-1842), explorador al que se deben, entre otras cosas, el descubrimiento de la Venus de Milo y la primera expedición al Antártico, falleció en las afueras de París, en la primera catástrofe ferroviaria de la historia, la del tren París-Versalles. El 8 de mayo de 1842, Dumont, su mujer y su hijo subieron a aquel tren que efectuaba el recorrido Versalles-París después de asistir a unos juegos

acuáticos en el palacio en homenaje al rey. Por una causa desconocida, muy cerca de Meudon, la locomotora descarriló, los vagones de pasajeros volcaron y el carbón de la parte delantera del tren se incendió. Toda la familia Dumont murió en las llamas del subsiguiente incendio, así como otros cincuenta y dos viajeros. Los restos de Dumont, identificados por Dumontier, médico compañero de viajes del fallecido, y por un frenólogo, fueron enterrados en el cementerio de Montparnasse de París.

El 30 de enero de 1795, en el marco de las guerras de la Revolución francesa, se produjo el sorprendente hecho bélico de que una compañía de caballería de húsares franceses derrotara y capturara a una poderosa flota conjunta enemiga de barcos holandeses, británicos y austriacos. El general Charles Pichegru (1761-1804) dirigió esta extraña batalla anfibia disputada en el puerto de la isla de Texel, cerca de Ámsterdam, donde la flota se hallaba inmovilizada por las heladas aguas del mar del Norte. La crudeza del invierno, con temperaturas que no subían de los 17°C bajo cero, cubrió de hielo ríos y canales y facilitó el espectacular asalto por parte de la caballería, que cabalgaba sobre las heladas aguas.

En cierta ocasión, el erudito francés Jean François Champollion (1790-1832) visitaba el Museo de Turín cuando, en uno de sus almacenes, centró su atención en una caja que contenía restos de papiros. A la vista de que nadie sabía decirle de qué se trataba exactamente, y viendo que estaban clasificados como material semi-inútil, comenzó a investigar los fragmentos, reuniéndolos pacientemente y ordenándolos, llegando a la sorprendente conclusión de que se trataba de la única lista existente de las dinastías egipcias, con la especificación de los nombres y la cronología de los faraones. Un documento de incomparable valor histórico.



En 1947, mientras buscaban una cabra extraviada, dos jóvenes pastores beduinos de la tribu ta'amireh, Jum'a y Mohammed ed-Dhib, hallaron los primeros Rollos del Mar Muerto. Tras utilizar algunos para alimentar su hoguera, vendieron el resto (tras trocearlos, para aumentar su precio) a un anticuario local. Aunque algunos llegaron hasta Egipto y Estados Unidos, sólo su posterior publicación causó un masivo interés entre los arqueólogos bíblicos. Tras una búsqueda sistemática, sacaron casi 800 pergaminos y cientos de fragmentos de once de las grutas de Qumrán que circundan el mar Muerto. Los manuscritos, en hebreo y arameo, guardados por judíos esenios, datan de entre los años 250-66 a. C. y son las versiones más antiguas en lengua hebrea del Antiguo Testamento. La mayoría de los rollos se hallan hoy en los museos de Israel y Rockefeller de Jerusalén y en el del Departamento de Antigüedades de Ammán, la capital jordana.

La piedra Rosetta, que sería la pieza clave para descubrir el significado de los jeroglíficos egipcios, fue descubierta casualmente el 15 de julio de 1799 por el capitán francés Pierre-François Bouchard en el pueblo egipcio del delta del Nilo denominado Rosetta o Rashid, cuando las tropas capitaneadas por Napoleón Bonaparte se encontraban guerreando contra las de Gran Bretaña en las tierras de Egipto. Aunque fue un proceso lento, las inscripciones fueron descifradas finalmente en 1831 por el egiptólogo francés Jean-François Champollion (1790-1832) partiendo de la base de que los tres textos en griego, en jeroglíficos de la

época de la primera dinastía, y en demótico (escritura cursiva que databa del siglo VII a. C.) decían lo mismo y de que el griego era perfectamente comprensible.



En 1963, un vecino de la Capadocia turca, al hacer algunas reformas en su casa-cueva, descubrió inesperadamente la ciudad subterránea de Derinkuyu. Los arqueólogos comenzaron a estudiar de inmediato esta fascinante ciudad subterránea que los antiguos hititas excavaron allá por el año 1400 a. C. Esta ciudad subterránea (de la que se han descubierto ya veinte niveles subterráneos, con unos ochenta y cinco metros de profundidad) fue utilizada como refugio contra las frecuentes invasiones que iba sufriendo Capadocia, así como, luego, por los primeros cristianos. Los enemigos, conscientes del peligro de aquel laberinto, preferían intentar que la población saliera a la superficie envenenando los pozos de agua que les abastecían. En el interior de la ciudad pueden observarse establos, comedores, salas para el culto, cocinas aún ennegrecidas por el hollín de los hogares, prensas para el vino, bodegas, cisternas de agua y áreas habitacionales. Se calcula que en total podían dar refugio a la increíble cifra de cien mil personas.

El 2 de febrero de 1852, el sacerdote Martín Merino y Gómez (1789-1852), al que no hay que confundir con el más famoso «Cura Merino», notable héroe de la Guerra de la Independencia y de las guerras carlistas, intentó asesinar a la reina Isabel II (1830-1904), que se dirigía a oír una misa de acción de gracias por su reciente parto en la basílica de Nuestra Señora de Atocha. Pero el estilete blandido por el sacerdote se enganchó en las ballenas del corsé de la reina, tras haber sido amortiguado por el recamado en oro de su vestido, todo lo cual desvió la puñalada, que acabó causando sólo un leve rasguño a su majestad.

Por entonces, la trayectoria antimonárquica del religioso era ya bastante larga y conocida. De ideas liberales, huyó a Francia en 1819. Más tarde tomó parte en los sucesos que se produjeron en 1822 en Madrid contra el rey Fernando VII. Tras su fallido regicidio, al día siguiente del atentado fue juzgado sumarísimamente y condenado a muerte, siendo ajusticiado a garrote vil el día 7 de febrero.



En 1991, el famoso artista búlgaro Christo (1935) y su pareja, Jeanne Claude (1935-2009), instalaron en California y Japón una obra ambiental formada por cientos de gigantescos paraguas azules y amarillos de cerca de 6 metros de altura y 9 de diámetro, que se convirtieron en una gran atracción turística. Unos dos meses después de su apertura al público, Lori Rae Keevil-Mathews, de treinta y tres años, se acercó a California para verla. Durante su visita, una desafortunada ráfaga de viento arrancó uno de los paraguas, que voló directamente hacia ella y la aplastó. Christo ordenó inmediatamente que desmontasen su instalación. Pero mientras se desmontaba su duplicado en Japón, el operador de grúas Masaki Nakamura se electrocutó cuando su máquina tocó un cable de alta tensión de 65.000 voltios.

En el transcurso de la guerra de Crimea (1853-1856) se encontraron un par de proyectiles (una bala rusa y otra francesa) que, a juzgar por su estado, se cruzaron en el aire e impactaron uno contra el otro, lo que se puede considerar una casualidad casi imposible, al menos pensando que, como es el caso, ambos proyectiles choquen perfectamente alineados uno contra el otro. Alguien ha calculado que, estadísticamente, la probabilidad de que esto ocurra es de una entre mil millones.

En la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca se hallaron casualmente unos preservativos en el interior de un libro de medicina del siglo XVI. Los condones están elaborados con tripa natural de cerdo y llevan en su extremo la oportuna cinta de color azul que servía por entonces para ajustar dicho adminículo al miembro viril, según cuentan los expertos en estos temas (que los hay). Los anticonceptivos fueron hallados durante el proceso de revisión y nueva catalogación de una parte de los fondos históricos de la biblioteca, considerada como una de las mejores de Europa por la cantidad y calidad de los textos que alberga. Se encontraron «perfectamente envueltos» en una hoja de periódico de 1857 que, a su vez, estaba en el interior de un manual de medicina del siglo XVI. Las investigaciones posteriores han determinado que los condones son del siglo XIX, por lo que se presume que fueron introducidos en el libro por algún estudiante que estaba consultando el manual médico. Uno de los preservativos se expone en una de las vitrinas de la Biblioteca Histórica, en la que se muestran objetos curiosos encontrados en el interior de los libros.

En su juventud, el músico alemán Johannes Brahms (1833-1897) no encontraba editor para su obra. Uno, al que visitó, le dijo: «Su música es demasiado triste. La gente prefiere cosas más alegres». Dispuesto a conseguirlo, Brahms intentó componer unas obras más alegres y, convencido de que lo había logrado, volvió a visitar al editor: «¿Qué? ¿Me trae cosas más alegres?», le preguntó éste. «Sí, esto —contestó el compositor—; a ver qué le parece». Y le enseñó unas canciones, cuyo título general era *Alegremente me encamino hacia la tumba*.

Durante la Guerra Civil estadounidense, trasladaban en tren a un grupo de prisioneros yanquis hacia un campo de

internamiento situado en Salisbury, Carolina del Norte. Un grupo de los presos no dejaba de hablar en voz baja entre sí. Hablaban el dialecto del cantón suizo del que procedían y estaban proyectando fugarse con la seguridad de que era imposible que nadie entendiese sus cuchicheos. En una estación de paso, llevaron a cabo su intento de fuga... pero se encontraron rodeados por las bayonetas de toda la guardia, que parecía completamente preparada y enterada de sus planes. Los soldados yanquis habían tenido la desgracia de que formase parte de su pelotón de custodia un joven de diecisiete años, llamado Beverley Tucker, probablemente el único hombre de todo el ejército confederado que entendía aquel lejano dialecto ya que había ido a la escuela en ese mismo cantón suizo.

El estadounidense Edmund Ruffin (1794-1865) fue un personaje común, sin más brillos personales que haber protagonizado por pura casualidad dos hitos de la historia de los Estados Unidos. El 11 de abril de 1861, un contingente de unos siete mil soldados confederados rodeó a ochenta y cinco soldados de la Unión en Fort Sumter. Tras esperar durante unas horas, las órdenes del alto mando llegaron al fuerte: tenían que atacar. A sus 67 años, Ruffin, uno de los soldados más veteranos de aquel ejército, dio un paso al frente y se dispuso a obedecer las órdenes. A las 4:30 de la madrugada del 12 de abril de 1861 se disparó el primer cañón sobre Fort Sumter, comenzando así de manera oficial la Guerra Civil norteamericana. Aquel disparo de Edmund Ruffin significaba el inicio de una de las guerras más sangrientas de la historia.

De todas formas, lo más seguro es que Ruffin no hubiera pasado a la historia jamás si no hubiera sido por la casualidad de que, después de cuatro años de guerra, el 9 de abril de 1865, el general confederado Robert E. Lee rindió el último ejército de Virginia ante los juzgados de Appomatox. El soldado Edmund Ruffin recibió la noticia de la derrota y

comenzó a escribir una carta declarando su odio eterno a los yankis y su manera de entender el nuevo país. Al terminar de escribirla, Ruffin desenfundó su pistola, la limpió y se suicidó disparándose en la sien. Este disparo cerraría un curioso círculo iniciado aquel 12 de abril de 1861 y convertía a Edmund Ruffin en el hombre que disparó por primera y por última vez en la Guerra Civil de los Estados Unidos.

Entre 1861 y 1878, el marsellés Henri Tragne se batió en duelo con otros cuatro hombres, resultando ganador impecable en cada uno de ellos. Pero aquellos cuatro duelos estaban unidos por una especial circunstancia que no suele darse mucho o, mejor dicho, que es casi imposible que se diera en más ocasiones. Según confirmaron los testigos, en ninguno de aquellos duelos se había llegado a disparar ni una sola bala. Todos los hombres vencidos por Tragne habían muerto súbitamente por causas naturales en el campo de duelo. Por eso a casi nadie extrañó que, en 1878, cuando nuevamente se enfrentó con otro hombre en un duelo a muerte, volviera a ocurrir lo mismo y uno de los dos contendientes cayera fulminado sin siquiera desenfundar. Lo curioso del caso es que esta vez el que murió fue él, Henri Tragne.

Un día, un pobre granjero escocés, de apellido Fleming, estaba en plena faena cuando oyó un lamento y una petición de auxilio que provenían de un pantano cercano. Dejó caer sus herramientas y corrió hacia el lugar. Allí, encontró metido hasta la cintura en el fango húmedo y negro a un muchacho aterrado, que gritaba y se esforzaba infructuosamente por liberarse. El granjero salvó al muchacho de lo que podría haber sido una lenta y espantosa muerte. Al día siguiente, un lujoso carruaje llegó a la granja. Un noble, elegantemente vestido, se bajó de él y se presentó como el padre del muchacho al que el granjero había ayudado el día anterior: «Quiero recompensarlo —dijo el noble—. Usted salvó la vida de mi hijo». «No, yo no puedo

aceptar un pago por lo que hice», contestó el granjero escocés. En ese momento, el hijo del granjero apareció por la puerta de la cabaña. El noble, tras cerciorarse de que aquel muchacho era hijo del granjero, dijo: «Le propongo hacer un trato. Permítame proporcionarle a su hijo el mismo nivel de educación que mi hijo disfrute. Si el muchacho se parece a su padre, no dudo que crecerá hasta convertirse en un hombre del que los dos estaremos orgullosos». Tras pensárselo un poco, el granjero aceptó el acuerdo. El hijo del granjero Fleming asistió a las mejores escuelas y, con el tiempo, se graduó en la Escuela Médica del St. Mary's Hospital de Londres, para proseguir después su carrera científica hasta hacerse famoso en todo el mundo como el renombrado doctor Alexander Fleming (1881-1955). Años después, el hijo de aquel mismo noble enfermó de pulmonía y se salvó gracias a la penicilina descubierta por Fleming. El noble en cuestión era *sir* Randolph Churchill (1849-1895), padre de *sir* Winston Churchill. Pese a su belleza, esta anécdota ofrece muchas dudas. Según la biografía de Kevin Brown *Penicillin Man: Alexander Fleming and the antibiotic revolution*, Fleming narró la historia a su colega y amigo André Gratia nada más que como una fábula asombrosa.

La torre Eiffel podría estar hoy en pleno centro de Barcelona, en donde hay ahora un modesto Arco de Triunfo, y no en París. Cuando Eiffel presentó la propuesta a las autoridades locales con motivo de la Exposición Universal de 1888, a aquellos prohombres la torre les pareció excéntrica, exagerada y muy costosa. En París su proyecto fue aceptado por un solo voto de diferencia y con la idea de derribarla a los pocos años, como luego pidieron diversas manifestaciones populares. Sólo un visionario la salvó del derribo porque convenció al resto de que podría servir como torre de comunicaciones.

Ningún novelista ha dado más importancia y significado a las casualidades que James Joyce. Más de un centenar aparecen en su obra *Ulises*, cuya acción abarca un solo día, el 6 de junio de 1904, en la vida de Dublín. Cuando Joyce comprendió que iba a morir sin poder terminar su novela *Finnegans Wake*, eligió a su amigo James Stephens para completarla, y ello no por sus cualidades literarias, sino porque había nacido el mismo día que él, 2 de febrero de 1882, también en Dublín; y porque Stephens se llamaba James, como el propio Joyce.

En la década de 1890, el príncipe de Gales regaló una caja de cerillas a su amigo Edward Southern. En una jornada de caza de zorros, Southern se cayó del caballo y la caja se separó de su cadena y se perdió. Southern tenía un duplicado que a su muerte legó a su hijo, Sam. Mientras viajaba a Australia, Sam dio la caja de cerillas a un amigo: el señor Labertouche. Pero cuando tiempo después volvió a Inglaterra, Sam descubrió a un granjero que había encontrado la caja de cerillas original (veinte años después de perderla) mientras araba su campo. Sam escribió a su hermano, de viaje por Norteamérica, para contarle las buenas noticias. Su hermano leyó la carta en voz alta a su compañero de viaje de tren. Por un golpe de suerte, este otro amigo poseía el duplicado de la caja de cerillas que le había dado Sam al señor Labertouche.

A finales del siglo XIX, el capitán francés Batreau luchó en la Guerra Franco-Germana de 1870 usando un rifle Chassepot, arma reglamentaria y la más habitual en aquella campaña. Una vez finalizada la guerra, devolvió aquel rifle al ejército. En 1891, más de veinte años después, Batreau seguía en el ejército y, por lo tanto, se vio de nuevo envuelto en una guerra, en este caso, en África. Allí, durante un combate hombre a hombre, desarmó a un soldado enemigo.